

## La labor de instituciones y particulares en la cultura de defensa

Discurso pronunciado por D. José Manuel Guerrero Acosta con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares el día 9 de marzo de 2022.



Excmo. Sr. Presidente de la Academia, Excmos. e Ilustrísimos Sres., estimados compañeros y amigos, Sras. y Sres.:

Quisiera comenzar esta intervención agradeciendo a la junta directiva de la academia el haberme aceptado como numerario y muy especialmente a los académicos que han tenido a bien considerar mi candidatura. Me siento honrado y agradecido, y por supuesto, obligado además a seguir trabajando para estar a la altura de todos mis compañeros y aportar mi granito de arena a los fines de esta institución que, como todos sabemos, son *la investigación, análisis y difusión del pasado, el presente y el futuro de todo lo relativo a nuestras fuerzas armadas y guardia civil.*

Quiero agradecer también su presencia a los amigos y familiares que habéis venido a acompañarme y también a los que no ha sido posible que vengan. A todos, pediros perdón por no dedicaros nunca el tiempo que os merecéis (aunque prometo enmendarme para el futuro).

En mi intervención de hoy pretendo compartir con ustedes algunas de mis apreciaciones sobre la divulgación de la historia militar y la cultura de la defensa.

Creo oportuno comenzar citando lo que la ley orgánica de la defensa aprobada en el año 2005, dice en su artículo 31: «el ministerio de defensa promoverá el desarrollo de la cultura de defensa con la finalidad de que la sociedad española conozca, valore y se identifique con su historia y con el esfuerzo solidario y efectivo mediante el que las fuerzas armadas salvaguardan los intereses nacionales».

Pues bien, hay circunstancias que, como en tantas cosas, y parafraseando aquél famoso reclamo turístico de hace unos años, *Spain is different*, hace que España, en efecto, sea diferente. Nuestro país no ha visto amenazada su integridad territorial desde 1814, cuando acabó la invasión napoleónica, si exceptuamos el periodo del trienio liberal en que se produjo una nueva invasión de las fuerzas absolutistas francesas, pero que fue más breve y mucho menos cruenta. Todos los conflictos que están grabados en nuestro imaginario colectivo han sido internos o producidos fuera de nuestras actuales fronteras, en ultramar o en África.

Por supuesto, no podemos despreciar el gran sufrimiento que produjeron estos conflictos armados en nuestra historia, pero la realidad es que el impacto de una guerra total causada por un enemigo exterior, ha grabado en la mentalidad de las sociedades de nuestro entorno una perspectiva muy diferente a la que tenemos nosotros. Y eso que, como dijo nuestro gran pensador Eugenio D'Ors, «cualquier guerra entre europeos es una guerra civil».

Si echamos mano de las frías estadísticas, veremos cómo en 25 años de nuestras campañas de marruecos en el siglo XX murieron unos 18.000 soldados. cabe recordar que, en un único día los británicos sufrieron 19.240 muertos en la batalla del *Somme*, en 1916, durante la Gran Guerra. en la Segunda Guerra Mundial, Italia tuvo 400.000, Francia, 238.000 muertos, Reino Unido, 430.000 y Alemania más de 5 millones (incluyendo millón y medio solo de civiles por bombardeos). Ucrania, por cierto, tuvo 3,5 millones de civiles muertos y 3 millones de soldados muertos en las filas del ejército soviético, todo ello causado por la invasión nazi.

La cifra mayor de bajas en España se produjo en la guerra de 1936-1939, en torno a 500.000 muertos civiles y militares, según los cálculos más recientes, pero con una característica muy significativa: fueron consecuencia de luchas entre españoles.

¿Significa esto que el esfuerzo a realizar para conseguir una cultura de defensa en nuestro país es superior a la del necesario en otros países de nuestro entorno? Opino que la respuesta es probablemente sí, aunque no todo se basa en las cifras estadísticas, sino en el carácter fratricida que tuvieron nuestros conflictos más recientes. No es menos significativo el hecho de que, afortunadamente, llevemos un periodo continuado de 83 años de ausencia de guerra, y también que nuestra posición geoestratégica sea excéntrica a la zona caliente de Europa.

Pero, de repente, todo el mundo ha empezado a ver que la posibilidad de una guerra en Europa no es tan remota como parecía. Y las derivaciones de la lucha contra el terrorismo internacional, así como el actual conflicto en Ucrania, son palpables demostraciones de que nuestros compromisos internacionales y la globalización nos implicarán en cualquier conflicto futuro. Quizás la necesidad de esa cultura de defensa en la sociedad aparezca hoy como más urgente que nunca.

Si uno estudia los presupuestos del Ministerio de Defensa para 2021 -realmente complicados de descifrar- encontrará una partida de 180.000 euros para el Plan Director de cultura de la Defensa, mientras que para la Subdirección de Publicaciones y Patrimonio Cultural hay otra de 25 millones de euros. Esto es, de un total de 9.451 millones del departamento, solo el 0,2% está dedicado directamente a estos fines. No he encontrado lo que cada ejército dedica a sus Institutos de Historia y Cultura respectivos, pero, teniendo en cuenta que gran parte de este presupuesto va dedicado al mantenimiento del patrimonio, está clara la necesidad de colaboración de instituciones y particulares en esta labor.

En este trabajo de difusión yo distinguiría dos niveles: uno académico, que desarrollan los profesionales de la educación y los investigadores, y otro más divulgativo, dirigido al aficionado y al gran público, que desarrollan instituciones, particulares, etc. De este segundo nivel probablemente saldrán personas que ulteriormente se dedicarán al primero. Y en muchos casos estos niveles están íntimamente relacionados entre sí.

En esta tarea de difundir la cultura de la defensa, esta academia se une a otras instituciones oficiales, entidades privadas, asociaciones, y también, a los meros particulares, que desde hace un tiempo trabajan en este ámbito. A todos ellos, especialmente a los que dedican de algún modo su actividad a la difusión de la historia, quería referirme hoy.

Las instituciones y los organismos los forman personas. Siempre he creído que son precisamente las personas las que marcan la diferencia en la eficacia de cualquier grupo humano. Ortega y Gasset decía que «lo que hace grande a una nación no es principalmente sus grandes hombres, sino la estatura de sus innumerables mediocres». Es fácil notar cómo cambia la situación según sea la persona que nos

atiende detrás de cualquier mostrador de cara al público; cómo puede un entrenador mejorar la actuación de un equipo deportivo, o un directivo aumentar la eficacia de una empresa; o cómo se comporta en la batalla una unidad militar, según el carácter de quien la manda. Siempre hay una persona que motiva, que impulsa o que empuja a las demás, o que consigue que vean una perspectiva que ellos no habían contemplado. y es de personas de lo que quisiera hablar hoy, aun sabiendo que me dejaré a muchas en el tintero.

He tenido la suerte a lo largo de mi trayectoria en el mundo de la cultura de la defensa de haber encontrado a muchas personas que han marcado esa diferencia. Cuando era un jovencito, hace demasiados años, mi tío Juan Antonio, entre pinturas, pegamento, maquetas de aviones y tanques, me contagió la pasión por la historia militar, pasión compartida con alguno de los escasos amigos de infancia que uno tiene el privilegio de conservar aún. Pero aparte de los tebeos de Hazañas Bélicas, los soldaditos «de sobre» y después los de la famosa marca *airfix*, los niños de mi edad no teníamos apenas con que imaginar el pasado militar de España.

Estoy hablando de la época en que empezaron a cambiar muchas cosas, porque durante el final de los años setenta y hasta muy entrados los noventa, eran en nuestro país *rara avis* las publicaciones dedicadas a nuestra historia militar; todos sabíamos quiénes eran Rommel, Patton o el general Custer, pero nunca habíamos oído hablar de Bernardo de Gálvez, de Blas de Lezo o de El Empecinado. Podíamos leer mucho sobre la guerra civil, pero muy poco sobre casi ningún otro periodo de la historia de España. Y en este particular creo obligado recordar a la desaparecida editorial San Martín, que era de las escasas, sino la única, que en España se dedicaban a la divulgación de historia militar.

En esa época fuimos muchos los que, para pintar un soldadito de plomo, pasábamos de investigar sobre tal o cual uniforme a querer saber más sobre la batalla o la campaña que habían protagonizado aquellas pequeñas miniaturas. Ese fue uno de los caminos que hizo que muchos se aficionasen a la historia, tanto dentro como fuera de nuestras fuerzas armadas. Porque la historia no era más que una asignatura de las que estudiábamos con pocas ganas en la academia general. Y, quitando conceptos históricos básicos y generales necesarios para la profesión, un militar no tiene por qué especializarse en la historia militar, como un médico no tiene por qué hacerlo en la historia de la medicina. Este es, por tanto, un campo que no debe estar reservado a los militares. Sin embargo, hasta muy recientemente, en la universidad el interés sobre ella ha sido muy escaso.

En mi opinión, en las personas que tienen afición a la historia militar, aparte de la mera curiosidad, quizás un poco infantil (y que ojalá conservemos siempre) por

saber, por conocer, subyace el cariño por la institución y por su país. Y esto es la base que sustenta la cultura de la defensa.

Porque no se puede amar aquello que no se conoce. Y, por tanto, sin ocultar los errores, pero tampoco sin regodearnos en ellos (decía Elliot, que «a un historiador no puede pedírsele que sea neutral, pero debe exigírsele que sea honrado»), dar a conocer lo mejor de nuestra historia, aquello en lo que sobresalimos en nuestra andadura como nación, debe ser uno de los objetivos prioritarios de la difusión de la cultura de defensa.

En los años 90 tuve la suerte de toparme con un grupo de entusiastas que se agrupaban en torno a la hoy añorada revista *Dragona* y que de forma artesanal y casi heroica contribuimos a que pudiera publicarse durante un lustro. Especialmente significativas fueron y son las investigaciones de D. Juan José Sañudo y de D. Juan Luis Sánchez. Yo escribí mi primer libro en esa época, al no encontrar apenas nada publicado sobre la cultura material y aspectos sociales del soldado español, que solo había tocado por entonces D. Fernando Puell de la Villa.

Cuando tuve que reorientar mi carrera por motivos personales, tuve la suerte de conocer a otra de esas personas que marcan la diferencia, el coronel D. Gustavo Andújar Urrutia, modelo de soldado, con una cultura extraordinaria y con una «gran altura cordial», como le gustaba decir. Gracias a él empecé mi andadura profesional en el seno del entonces recién creado Instituto de Historia y Cultura Militar. Por esa época también conocí a quien sería mi director de tesis en la UNED, el profesor D. Ángel Martínez de Velasco, pionero en la utilización de Internet y recursos digitales para la enseñanza.

De entre las muchas actuaciones que se desarrollaron en esa época, me gustaría recordar las gestiones que consiguieron que pudiera impartirse el I Curso de Aproximación a la Historia Militar de España, que abrió un camino de colaboración con entidades como la Real Academia de la Historia. También la firma de colaboraciones con universidades, como la Complutense, el CEU, y otras instituciones, siempre siguiendo la idea de elevar el nivel de las actividades que desarrollábamos en el instituto y de proyectarlas hacia fuera del ámbito de las fuerzas armadas.

Fue la época de la realización de varias exposiciones en Madrid, como la dedicada a Bernardo de Gálvez, que impulsó el hoy presidente de esta academia cuando era Jefe de Estado Mayor del Ejército, o la dedicada a la Artillería y el Arte por el centenario del Real Colegio de Artillería de Segovia, que, junto con otras varias interesantes actuaciones, fueron iniciativa de otro de nuestros compañeros, D. Alfredo Sanz y Calabria.

También tuve la fortuna de dirigir a lo largo de tres años el proyecto museológico y museográfico del nuevo Museo del Ejército, continuando el trabajo iniciado por D. Pablo González Pola. Conté con la colaboración de un equipo de magníficos profesionales para determinar los contenidos del nuevo museo, la selección de las piezas de su nueva exposición permanente y, para, finalmente, adjudicar el concurso para la instalación en Toledo. El coronel D. Juan Salafranca continuó el traslado y montaje de lo que hoy es una magnífica realidad, que, como nos recordó hace poco el general Valentín Gamazo-uno de sus directores- siempre debe estar en un continuo perfeccionamiento. Sin duda es el buque insignia para la difusión de un patrimonio militar, y como siempre he tenido claro, y así lo intentamos reflejar cuando confeccionamos el discurso museográfico del museo de Toledo, es necesario que sea sentido como propio por todos los españoles.

Quiero referirme también al esfuerzo que desde el Instituto de Historia y Cultura Militar se viene desarrollando para difundir el patrimonio bibliográfico y documental mediante la catalogación permanente y la digitalización de sus inmensos fondos. A este esfuerzo se une el de sus cursos informativos, conferencias y publicaciones que realizan nuestros compañeros de sus subdirecciones, y de las bibliotecas, museos y archivos, aquí representados por D. Agustín Pacheco. Y mencionar el estupendo trabajo realizado en aquello que tal vez sea lo que tiene mayor visibilidad para el público, las nuevas instalaciones de los museos militares, como el de Burgos, Ávila, Jaca o Barcelona, de lo que nuestra compañera Dña. Mónica Ruiz es responsable en alto grado.

Desde el ámbito del Ministerio de Defensa, es de justicia reconocer la gran labor que desde la antigua DRISDE -hoy Subdirección de Publicaciones y Patrimonio- uno de cuyos subdirectores, D. Leopoldo Stampa, también historiador, ha tenido el detalle de estar hoy aquí, se realizó para subvencionar y promover exposiciones, conmemoraciones y libros. El coronel D. Aurelio Valdés fue otra de las personas que realizó un trabajo muy destacado en aquella antigua DRISDE. También importante fue la creación de los *Premios Ejército* por nuestro Estado Mayor. Y, por supuesto, la importancia de revistas que hoy son de referencia obligada para cualquier investigador, como la de *Historia Militar*, y las de *Historia Aeronáutica y Naval*, sin olvidar la revista *Ejército*, que ha tenido una de sus etapas más significativas bajo la dirección de nuestro académico D. Luis Feliu.

Mención destacada merecen todas las cátedras o especialidades de historia militar que han surgido en diferentes ámbitos universitarios en los últimos años, algo también impensable hace unas décadas, y más en una universidad formada mayoritariamente en la oposición a lo que se consideraba la historia oficial para el

régimen. Algunos de los impulsores de estas cátedras están también entre los miembros de esta academia. Denotan el auge del interés que, por esta parte de nuestra cultura, existe hoy entre los estudiantes e interesados de la sociedad civil.

Afortunadamente, el panorama de la difusión de la cultura de la defensa, en el ámbito de la historia militar, es hoy completamente diferente de lo que conocimos hace veinte años.

Y ahora voy a referirme al ámbito privado. Durante los años noventa, nombres como D. José María Bueno y D. Delfín Salas, pioneros en el campo de la uniformología, abrieron el paso a otros, como los señores Alonso y Juanola y su fundamental obra *El ejército de los Borbones*; D. Julio Albi y sus trabajos sobre historia moderna y contemporánea; D. Juan Grávalos, D. Luis Sorando, D. Antonio Manzano, o D. Carlos Medina, que realizaron y continúan realizando trabajos imprescindibles en el estudio de nuestra historia. También quiero recordar aquí al general D. Francisco Castrillo, que desde la *Real Asociación de Amigos de los Museos Militares* y la revista *Militaria* realizó una extraordinaria labor, pionera en España, de difusión de nuestra cultura militar, incluyendo varios congresos internacionales durante los años 90.

Hoy día son muchas las editoriales que se especializan en nuestra historia militar. Siguiendo la estela que abrió la citada *Dragona*, aparecieron las editoriales *Almena*, *Fresno*, *Acción Press* o *Galland Books*, y otras, que cuentan ya con centenares de libros en sus catálogos; hoy podemos encontrar en los quioscos varias revistas también especializadas, como *Ares*, *Serga* o la más joven, *Desperta Ferro*. Todas las personas que hay tras ellas se merecen un reconocimiento por haberse arriesgado en este siempre proceloso mundo que el mantener un negocio con una pequeña empresa significa en nuestro país.

En cuanto a la producción menos divulgativa y más académica, obligado es mencionar a editoriales como Marcial Pons y otras muchas, que han permitido que hoy tengamos una extensísima bibliografía sobre el tema.

Voy a pasar ahora al capítulo de las conmemoraciones. Y aquí me gustaría recordar a todos aquellos aficionados (y aficionadas) que dieron un paso más en su pasión por la historia, pasando de *leerla* a *vivirla*, importando a nuestro país desde el resto de Europa las recreaciones históricas. Al principio fueron asociaciones que se crearon para el segundo centenario de la Guerra de la Independencia, organizando homenajes, escenificaciones de la vida del soldado, o batallas, (algunas como las de Coruña, Astorga, Somosierra o la Albuera, con casi un millar de participantes de varios países) que más tarde se han extendido a otras épocas (como Roma, el Medioevo, la Guerra Civil o la Segunda Guerra Mundial) y que ofrecen al público una clase de historia viviente y son también un aliciente turístico. Por cierto, en estos

eventos, siempre se explica que no se trata de conmemorar la guerra ni las derrotas, si no de homenajear y recordar a las mujeres y los hombres que abnegadamente se sacrificaron en servicio de su patria.

Citaré como ejemplo porque tuve el privilegio de ser socio fundador y, por cierto, el único militar, a la *Asociación Histórico Cultural Voluntarios de Madrid*. viene colaborando con la Comunidad de Madrid y muchos de sus ayuntamientos. Sigue hoy muy activa, con jóvenes socios que continúan escenificando, conmemorando y enseñando historia en eventos y en centros educativos. Agradezco a uno de sus socios, D. Jesús Ruiz de Burgos, destacado vexilólogo y entusiasta divulgador de nuestra historia, y al actual presidente, D. Alfonso Sabán Astray, su presencia hoy aquí.

También es de justicia recordar a otras asociaciones que han surgido en los últimos años y que de forma desinteresada ponen a disposición de nuestras instituciones su trabajo. Modelo de ello es, por supuesto, la *Asociación Retógenes*, que tantas iniciativas lleva desarrollando en colaboración con el ejército, con nuestro compañero D. Jesús Dolado a la cabeza; o la *Asociación de Amigos de la Historia y Cultura Militar*, que colabora permanentemente con nuestros archivos y museos, bajo la dirección del general D. Francisco Ramos Oliver. También es obligado mencionar al grupo de historiadores internacionales del *Foro para el estudio de la Historia Militar de España*, que coordina D. José M<sup>a</sup> Espinosa de los Monteros, y dos de sus obras fundamentales de referencia: el *Diccionario del generalato español* y el *Diccionario de los coroneles del s. XIX*.

Hay otras facetas de esta labor de difusión que no quisiera olvidar. Los coleccionistas que generosamente prestan sus fondos a exposiciones. Los voluntarios de nuestros museos, que hacen de guías o que restauran materiales, como en El Goloso o en Cartagena.

También la que desarrollan empresas con su patrocinio a instituciones como esta Academia o a la Fundación del Museo del Ejército. Otras, entre sus compromisos sociales, apuestan por este tipo de actuaciones. Y aquí quisiera destacar la labor que, para dar a conocer todos los ámbitos de lo que fue nuestra etapa en el protectorado de Marruecos, y también, para sacar del olvido la ayuda que prestó España a la independencia de Estados Unidos, ha impulsado en los últimos años la empresa Iberdrola. Un recuerdo especial para todo el equipo que ha trabajado y sigue colaborando en este proyecto.

Pero no debemos olvidar que estas cosas no pasan por casualidad, y que detrás de estas actuaciones hay siempre personas con una especial sensibilidad hacia nuestra cultura de Defensa y con cariño por su país y sus fuerzas armadas, a las

que hay que estar agradecidos y a las que debemos reconocer, como es el caso de D. Julián Martínez-Simancas, que hoy nos honra con su presencia.

Y para ir finalizando, quiero referirme a otras facetas de esta difusión. En primer lugar, a Internet. Son muchos los blogs y espacios dedicados hoy a la historia militar de España. Por mencionar uno de los más veteranos y más serios, citaré la página web *Gran Capitán*. Otros muy notables son los dedicados al desastre de Annual por D. Javier Sánchez Regaña, o el de D. Antonio Prieto, dedicado a las condecoraciones.

Este moderno medio de divulgación y sus recursos asociados -videos, cortometrajes, animación, micro-mecenazgo, etc.- abren un sinfín de posibilidades que ya están utilizándose con muy buenos resultados para la divulgación histórica, al llegar a audiencias antes inimaginables y sobre todo a los espectadores más jóvenes.

Por otra parte, para los que siguen prefiriendo tocar el papel y oler la tinta, hoy es posible encontrar en las repisas de las librerías algo impensable hace unos años: decenas de cómics -lo que podríamos denominar «el octavo arte»- realizados cuidadosamente por dibujantes y guionistas que acercan el conocimiento de episodios destacados de nuestra historia a los jóvenes a través de la historieta.

Y en cuanto a la literatura con mayúscula, mucho debemos a la labor de personas como D. Arturo Pérez-Reverte y sus novelas, magníficamente documentadas. especialmente a la serie del *Capitán Alatriste*, que ha conseguido que varias generaciones de españoles conozcan y admiren nuestro siglo de oro y la odisea de los soldados de nuestros tercios. Sus libros han abierto camino a muchos escritores de novela histórica, hasta hacerlo uno de los géneros más populares hoy día en nuestro país. El interés por los tercios ha llegado incluso hasta el punto de que se haya abierto una suscripción pública para instalar un monumento en la ciudad de Madrid, en el que trabaja actualmente el escultor D. Salvador Amaya.

En relación con otra de las bellas artes, la pintura, una de las carencias de nuestros museos militares ha sido, en mi opinión, los cuadros de batallas, especialmente de historia moderna y contemporánea. Para un apasionado de la historia resulta algo frustrante que, para recordar la victoria de Bailén, Casado del Alisal eligiera la escena de la rendición; que, para Trafalgar, Sans y Cabot, eligiera la de un naufragio; y que los pocos grandes lienzos «historicistas» existentes -*Las Navas*, el *Dos de Mayo*, o *Castillejos*- estén dispersos por diferentes instituciones.

Por suerte contamos hoy con el más destacado exponente de la actual pintura -que yo llamaría «neohistoricista»- D. Augusto Ferrer-Dalmau, también compañero de esta academia. Con sus obras ha llenado todo un vacío materializando con sus

pinceles episodios de nuestro pasado militar que solo existían en las páginas de los libros o en la imaginación de cada cual. Hoy sus creaciones están en instituciones, se usan en portadas de libros y están difundiendo por todo el mundo episodios de nuestra historia a través de Internet y las redes sociales.

En el Museo del Ejército pueden verse tres de sus obras destacadas: la *Batalla de San Marcial*, pintada para conmemorar el final de la guerra de Independencia. Gracias a la impagable labor del coronel D. José Manuel Alamán Citoler, Delegado de Defensa en Guipúzcoa en 2013, conseguimos el patrocinio para el cuadro, nada menos que de los propietarios del equipo de fútbol de la Real Sociedad de San Sebastián. Otro es *Por España y por el Rey, Gálvez en Pensacola*, que por vez primera representa en la pintura una victoria española del siglo XVIII en América, y que hoy cuelga en el museo gracias a la donación de la empresa Iberdrola. Y la tercera obra de Augusto en el museo es *La Patrulla*, que fue donada por el propio artista en el año 2016, y que muestra un episodio de nuestro pasado más reciente, la misión en Afganistán.

No quisiera olvidar en este apartado a la donación de 48 cuadros de batallas que realizó D. Pedro Ramón y Cajal y, que desde el año 2020 constituyen parte importante del Museo de la Ciudadela de Jaca, demostrando la importancia de los legados de particulares a nuestras instituciones.

Y ya termino. En el año 2006, tuve la suerte de colaborar con el director de cine D. Agustín Díaz Yañes, como asesor en lo que fue mi primer rodaje, la película *Alatriste*. Fue una experiencia muy intensa, pero muy enriquecedora. Hacía mucho que el cine español no trataba nuestra historia militar más allá de la Guerra Civil. Con todos sus defectos y virtudes, la película fue un éxito en nuestro país. Creo que, aún sin pretenderlo, abrió un antes y un después para el conocimiento de nuestra historia en el cine y en la televisión, sumándose a la que realizan los cuadros de batallas, las novelas históricas, las revistas y los libros, más toda la actividad de Internet y las redes sociales. Ojalá que el cine español continúe el camino emprendido por otros realizadores como D. Alejandro Amenábar y otras producciones como *Tiempos de guerra* de la cadena Antena 3 o las de la productora Movistar, con propuestas que se alejen del derrotismo al que en demasiadas ocasiones nos ha mostrado la pantalla.

Señoras y señores: este ha sido mi repaso al panorama actual de la divulgación de la historia militar. A ella se ha sumado esta joven academia a la que me honro en pertenecer. Tenemos una apasionante labor por delante, labor que ya se está realizando creo que con notable eficacia.

Aprovechemos todo este camino abierto por instituciones y particulares en los últimos años y los recursos que las modernas tecnologías nos van a ofrecer. Pero

siempre sin olvidar que debemos contar con las personas de todas las edades y todos los ámbitos sociales que comparten el interés y el amor por nuestra historia y nuestras fuerzas armadas, en este esfuerzo de difusión de nuestro pasado, presente y futuro.

Decía el general Marshall que «el único medio de vencer en una guerra es evitarla». Como buen militar, sabía, como conocemos todos los militares, la miseria y el desastre que hay en ella.

Contribuyamos todos, civiles y militares a que nuestra sociedad tenga una conciencia más clara de nuestra historia: las sombras, pero, sobre todo, las luces. Y, además de cumplir con el recuerdo debido a los que se sacrificaron por su patria, ayudemos a las nuevas generaciones a reflexionar sobre lo que fuimos, sobre lo que podemos y debemos llegar a ser, y a tener presente que debemos estar preparados para defender la paz y la libertad.

Muchas gracias por su atención.